

El Regalo de los Reyes Magos

O. Henry

Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y sesenta centavos estaban en peniques. Centavos ahorrados de uno en uno y de dos en dos a base de avasallar al tendero y al verdulero y al carnicero hasta que las mejillas ardían por la silenciosa imputación de parsimonia que implicaba ese trato tan cercano. Della lo contó tres veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente sería Navidad.

Estaba claro que no había nada que hacer más que dejarse caer en el pequeño y destartado sofá y aullar. Así que Della lo hizo. Lo que instiga la reflexión moral de que la vida se compone de sollozos, mocos y sonrisas, con predominio de los mocos.

Mientras la dueña del hogar va pasando de la primera planta a la segunda, echa un vistazo a la casa. Un piso amueblado a 8 dólares por semana. No mendigaba exactamente la descripción, pero ciertamente tenía esa palabra al acecho de la brigada de mendicidad.

En el vestíbulo de abajo había un buzón en el que no entraba ninguna carta, y un botón eléctrico del que ningún dedo mortal podía sacar un anillo. También había una tarjeta con el nombre de "Mr. James Dillingham Young".

El "Dillingham" había sido arrojado a la brisa durante un período anterior de prosperidad, cuando su poseedor cobraba 30 dólares por semana. Ahora, cuando los ingresos se redujeron a 20 dólares, las letras de "Dillingham" parecían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en contraerse a una modesta y discreta D. Pero cada vez que el Sr. James Dillingham Young volvía a casa y llegaba a su piso de arriba era llamado "Jim" y le abrazaba mucho la Sra. James Dillingham Young, ya presentada a ustedes como Della. Lo cual está muy bien.

Della terminó su llanto y atendió sus mejillas con el trapo de polvo. Ella estaba de pie al lado de la ventana y miraba apagadamente a un gato gris que caminaba una cerca gris en un patio trasero gris. Mañana sería el día de Navidad, y ella tenía solamente \$1.87 con los cuales comprar a Jim un regalo. Había estado ahorrando cada centavo que podía durante meses, con este resultado. Veinte dólares a la semana no dan para mucho. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo son. Sólo 1,87 dólares para comprarle un regalo a Jim. Su Jim. Había pasado muchas horas felices planeando algo bonito para él. Algo fino, raro y de buena calidad, algo que estuviera cerca de merecer el honor de ser propiedad de Jim.

Había un espejo de muelle entre las ventanas de la habitación. Tal vez haya visto un espejo alto de pared en un piso de 8 dólares. Una persona muy delgada y muy ágil puede, observando su reflejo en una rápida secuencia de tiras longitudinales, obtener una concepción bastante exacta de su aspecto. Della, siendo delgada, había dominado el arte.

De repente, se apartó de la ventana y se puso delante del cristal. Sus ojos brillaban con intensidad, pero su rostro había perdido el color en veinte segundos. Rápidamente, se soltó el pelo y lo dejó caer en toda su longitud.

Había dos posesiones de los James Dillingham Youngs de las que ambos se sentían muy orgullosos. Uno era el reloj de oro de Jim que había sido de su padre y de su abuelo. La otra era el cabello de Della. Si la Reina de Saba hubiera vivido en el piso de enfrente, Della habría dejado colgar su pelo por la ventana algún día para que se secara, sólo para depreciar las joyas y los regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el conserje, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Jim le habría sacado el reloj cada vez que pasaba, sólo para ver cómo se arrancaba la barba de envidia.

Así que ahora el hermoso cabello de Della caía a su alrededor, ondulando y brillando como una cascada de aguas marrones. Le llegaba por debajo de la rodilla y se convertía casi en una prenda para ella. Y luego se lo volvió a recoger nerviosa y rápidamente.

Una vez vaciló durante un minuto y se quedó quieta mientras una o dos lágrimas salpicaban la gastada alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta marrón; se puso su viejo sombrero marrón. Con un remolino de faldas y con el brillo de sus ojos, salió volando por la puerta y bajó las escaleras hasta la calle.

Donde se detuvo, el cartel decía: "Mme. Sofronie. Artículos para el cabello de todo tipo". Un tramo más arriba, Della corrió y se recogió, jadeando. La señora, grande, demasiado blanca, fría, apenas parecía la "Sofronie".

"¿Compraría mi pelo?" preguntó Della.

"Compro el pelo", dijo Madame. "Quítate el sombrero y echemos un vistazo a su aspecto".

La cascada castaña se onduló hacia abajo. "Veinte dólares", dijo Madame, levantando la masa con una mano practicada.

"Dámelos rápido", dijo Della.

Y las dos horas siguientes pasaron con alas rosadas. Olvídense de la metáfora de la prisa. Ella estaba registrando los almacenes para el regalo de Jim.

Finalmente ella lo encontró. Seguramente había sido hecho para Jim y para nadie más. No había otro igual en ninguna de las tiendas, y ella les había dado la vuelta a todas. Era una cadena de platino de diseño sencillo y casto, que proclamaba adecuadamente su valor sólo por la sustancia y no por la ornamentación meretricia, como deberían hacer todas las cosas buenas. Incluso era digna de la Guardia. En cuanto la vio, supo que debía ser de Jim. Era como él. Tranquilidad y valor: la descripción se aplicaba a ambos. Le pidieron veintiún dólares por él y se apresuró a volver a casa con los ochenta y siete centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar debidamente preocupado por la hora en cualquier compañía. Por muy grande que fuera el reloj, a veces lo miraba a escondidas debido a la vieja correa de cuero que utilizaba en lugar de la cadena.

Cuando Della llegó a casa, su embriaguez dio paso a la prudencia y la razón. Sacó sus rizadores y encendió el gas y se puso a trabajar para reparar los estragos que había hecho la generosidad sumada al amor. Lo que siempre es una tarea tremenda, queridos amigos, una tarea descomunal.

En cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de rizos diminutos y apretados que le daban un aspecto maravilloso de colegial ausente. Miró su reflejo en el espejo de forma prolongada, cuidadosa y crítica.

"Si Jim no me mata", se dijo a sí misma, "antes de echarme un segundo vistazo, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero qué podría hacer... ¡oh! ¿qué podría hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?"

A las siete en punto el café estaba hecho y la sartén estaba en la parte trasera de la estufa caliente y lista para cocinar las chuletas.

Jim nunca llegaba tarde. Della dobló la cadena de la lengüeta en su mano y se sentó en la esquina de la mesa cerca de la puerta por la que él siempre entraba. Entonces ella oyó su paso en la escalera lejos abajo en el primer piso, y ella dio vuelta blanco por apenas un momento. Tenía la costumbre de rezar pequeñas oraciones silenciosas sobre las cosas más sencillas de la vida cotidiana, y ahora susurró: "Por favor, Dios, haz que piense que todavía soy bonita".

La puerta se abrió y Jim entró y la cerró. Parecía delgado y muy serio. Pobre hombre, sólo tenía veintidós años, ¡y tener que cargar con una familia! Necesitaba un abrigo nuevo y estaba sin guantes.

Jim se detuvo dentro de la puerta, tan inmóvil como un cazador al olor de la codorniz. Sus ojos estaban fijos en Della, y había una expresión en ellos que ella no podía leer, y la aterrorizaba. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que ella estaba preparada. Simplemente la miraba fijamente con aquella peculiar expresión en el rostro.

Della se levantó de la mesa y fue hacia él.

"Jim, querido", gritó, "no me mires así. Me he cortado el pelo y lo he vendido porque no podía pasar la Navidad sin hacerte un regalo. Volverá a crecer; no te importará, ¿verdad? Tenía que hacerlo. Mi pelo crece muy rápido. Di "¡Feliz Navidad! Jim, y seamos felices. No sabes qué regalo tan bonito y agradable tengo para ti".

"¿Te has cortado el pelo?" preguntó Jim, laboriosamente, como si no hubiera llegado a ese hecho patente aún después del más duro trabajo mental.

"Lo corté y lo vendí," dijo Della. "¿No te gusto igual de bien, de todos modos? Soy yo sin mi pelo, ¿no?"

Jim miró alrededor del cuarto curiosamente.

"¿Dices que tu pelo se ha ido?" él dijo, con un aire casi de la idiotez.

"No necesitas buscarlo," dijo Della. "Está vendido, te digo, vendido y desaparecido, también. Es Nochebuena, muchacho. Sé bueno conmigo, ya que fue para ti. Tal vez los cabellos de mi cabeza estuvieran contados", continuó con repentina y seria dulzura, "pero nadie podría contar mi amor por ti. ¿Pongo las chuletas, Jim?"

Fuera de su trance, Jim pareció despertar rápidamente. Abrazó a su Della. Durante diez segundos miramos con discreto escrutinio algún objeto intrascendente en la otra dirección. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿qué diferencia hay? Un matemático o un genio te darían la respuesta equivocada. Los Reyes Magos trajeron regalos valiosos, pero eso no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación se iluminará más adelante.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

"No te equivoques, Dell", dijo, "sobre mí. No creo que haya nada en la forma de un corte de pelo o un afeitado o un champú que pueda hacer que me guste menos mi chica. Pero si desenvuelves ese paquete puede que veas por qué me has hecho pasar un mal rato al principio".

Dedos blancos y ágiles rasgaron la cuerda y el papel. Y luego un grito extasiado de alegría; y luego, ¡ay! un rápido cambio femenino a lágrimas y lamentos histéricos, que hicieron necesario el empleo inmediato de todos los poderes reconfortantes del señor del apartamento.

Porque allí yacían Las Peinetas: el conjunto de peinetas, de lado y de espalda, que Della había adorado durante mucho tiempo en un escaparate de Broadway. Hermosas peinetas, de puro caparazón de tortuga, con bordes enjorjados: el tono justo para lucir en el hermoso cabello desvanecido. Eran peines caros, lo sabía, y su corazón simplemente los había ansiado y anhelado sin la menor esperanza de poseerlos. Y ahora, eran suyas, pero las trenzas que deberían haber adornado los codiciados adornos habían desaparecido.

Pero ella los abrazó contra su pecho, y al final fue capaz de mirar hacia arriba con ojos tenues y una sonrisa y decir: "¡Mi pelo crece tan rápido, Jim!"

Y entonces Della saltó como una gatita chamuscada y gritó: "¡Oh, oh!".

Jim aún no había visto su hermoso regalo. Ella se lo tendió ansiosamente sobre su palma abierta. El metal precioso y opaco parecía brillar con un reflejo de su espíritu brillante y ardiente.

"¿No es un encanto, Jim? He buscado por toda la ciudad para encontrarlo. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo se ve en él".

En lugar de obedecer, Jim se tumbó en el sofá, se puso las manos bajo la nuca y sonrió.

"Dell", dijo, "guardemos nuestros regalos de Navidad y conservémoslos un tiempo. Son demasiado bonitos para usarlos ahora. Vendí el reloj para conseguir el dinero para comprar tus peines. Y ahora supongamos que te pongas las chuletas".

Los Reyes Magos, como sabes, eran hombres sabios -muy sabios- que llevaron regalos al Niño en el pesebre. Ellos inventaron el arte de hacer regalos en Navidad. Al ser sabios, sus regalos eran sin duda sabios, y posiblemente llevaban el privilegio del intercambio en caso de duplicación. Y aquí les he relatado, sin esfuerzo, la crónica de dos niños tontos en un piso que sacrificaron muy imprudentemente el uno por el otro los mayores tesoros de su casa. Pero como última palabra para los sabios de estos días, digamos que de todos los que hacen regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, ellos son los más sabios. En todas partes son los más sabios. Son los Reyes Magos.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web